

¿Qué significa filosofar en Olimpíadas?

Norma Páez y Ángela Menchón

*Suprema es el agua,
el oro brilla como fuego incandescente
de noche por sobre toda arrogante riqueza,
pero si juegos es lo que añoras cantar, alma mía,
no busques, después del sol, otro astro que brille por el
desierto éter con más calor en el día,
ni llamemos a otro combate superior al de Olimpia.*

Píndaro

Desde hace ya varios años, se celebra en nuestro país la Olimpíada de Filosofía de la República Argentina, organizada por la Universidad Nacional de Tucumán, que reúne a adolescentes de todas las provincias quienes, luego de un proceso de producción, presentan sus trabajos en instancias públicas, en las que son evaluados y seleccionados algunos de ellos. A partir de nuestra participación en ellas como jurados entendemos que dichas instancias configuran un espacio de *agón*, es decir, un ámbito de confrontación no entendido en términos de competencia individualista, en el que diversos *amigos/rivales* se encuentran para potenciar su pensamiento. Si bien el concepto de Olimpíada parece indisoluble del de “competencia” consideramos que diversos aspectos de este ámbito (principalmente, el modo en que es encarada la tarea de presentación, discusión y evaluación de los trabajos de los jóvenes) desdibuja el individualismo en pos de la idea de un encuentro para “agonizar” con otros, reforzando lazos fraternos.

Siguiendo a Deleuze y Guattari (2005), sabemos que desde sus orígenes griegos, la filosofía aparece vinculada con las figuras de la *comunidad de iguales*, con la del *amigo* (el que busca la sabiduría, pero no la posee formalmente), el *amante* (el que desea la sabiduría en su conjunto) y la del *rival*, que se despliegan en el horizonte de sentido del filosofar entendido como *agón*, como enfrentamiento entre pretendientes de lo mismo.

Este dispositivo de encuentro, la Olimpíada, constituye una experiencia que nos interpela en varias dimensiones, que son articuladas por el *agón* en sus múltiples aristas: *agón filosófico*, *agón político*,

agón deportivo, agón amical, figuras mediante las cuales, en tanto enlazadas entre sí, podemos arribar a consecuencias pedagógicas de gran riqueza para pensar la enseñanza de la Filosofía.

Quizás este maridaje entre conceptos que parecen opuestos, la competencia olímpica y el filosofar no sea tan arbitrario o producto de una casualidad nominal. En este trabajo recorreremos esas articulaciones para averiguarlo.

› **Agón político**

Sabemos que la vida política de las comunidades griegas transcurría en el *ágora*, es decir, un espacio público y abierto en donde los ciudadanos se reunían habitualmente a resolver problemas comunes de manera conjunta y a elaborar leyes que pudieran considerarse justas y consensuadas. Dicha práctica garantizaba la autonomía política de las ciudades griegas así como de sus miembros (en este caso, los ciudadanos como sujetos políticos). El *ágora* se instituía, así, como un espacio de intercambio dialógico en el que primaba la *deliberación verbal* como modo privilegiado de resolución de problemas. Ese uso de la palabra como verdadera herramienta política, que podía reacomodar las relaciones de saber y poder en función de la fuerza y solidez de las razones, convierte a los ciudadanos en verdaderos *atletas del discurso*. Si cada ciudadano tiene igualdad de oportunidades (*isonomía*) para presentar sus ideas en la asamblea, entonces cada uno de ellos tiene que estar preparado, entrenarse en este novedoso ejercicio que fue para los griegos el desarrollo del pensamiento racional y de la lógica argumentativa. Así, “en tanto todos se esfuerzan en descubrir, sostener un argumento, defenderse y acusar, la técnica dialéctica viene a brindarnos la mejor herramienta normativa para llevar adelante un diálogo alrededor de un problema, donde cada uno de los discutidores pone en juego su capacidad de preguntar y de responder, o sea, de exigir y dar razón, respectivamente” (Soares, 2007: p. 31). Es decir, un verdadero atletismo del pensamiento, en el que se exigen ciertas habilidades y ciertas virtudes del ánimo. Para los griegos, principalmente para los filósofos atenienses, la filosofía nace como una práctica imposible de ser desligada de las prácticas públicas y de la pregunta acerca de cómo vivir mejor en conjunto.

El atleta del pensamiento agudiza sus facultades de argumentación, los procedimientos de búsqueda de la verdad, la detección de supuestos y de argumentos falaces, el sopesamiento de razones, la eliminación del equívoco y la ambigüedad de las palabras: todos ellos procedimientos que exigen capacidad de escucha, de espera, de sentido de la oportunidad en la discusión, de respeto por las posturas diversas, entre otras. Este espacio del *ágora* crea las condiciones de posibilidad para que un tipo de pensamiento inédito cobre forma: la *creación de conceptos* que permitan diferenciar aquel conocimiento que está sostenido por argumentos más sólidos de aquel superficial, basado en argumentos aparentes o débiles.

Por otro lado, no olvidemos que en la Antigua Grecia aquellos habitantes de la ciudad que aparecen como “iguales” son los varones libres, nacidos en cada polis. Es decir, que sólo los semejantes

podían encontrarse mutuamente unidos por la “philía”, en una relación recíproca, reversible, que reemplazará las viejas relaciones jerárquicas de sumisión y dominación de unos por otros (Vernant, 1992). Escaso era el lugar de las mujeres en esta “comunidad de iguales” (y no casualmente, similar era la situación de las mujeres respecto a la participación en las Olimpíadas griegas).

Evidentemente, las condiciones para participar del *agón* olímpico han cambiado desde los griegos a nosotros, no obstante hay varios factores que se ponen en juego a la hora de pensar si este espacio es un espacio verdaderamente público, y abierto a todos quienes quieran participar de él. El espíritu de Olimpíadas es democrático e inclusivo, ahora bien, los jurados nos preguntamos si nuestras prácticas concretas potencian la realización de este deseo.

> **Agón amical**

Se habla de filosofía como “amor” a la sabiduría, y a menudo, se habla de este amor entendido como *amistad*. Filosofía es hacerse amigo de la sabiduría. Descubrimos, no obstante, que para hacernos amigos de la sabiduría, primero tenemos que hacernos amigos entre nosotros. Por eso, una de las condiciones para filosofar será el establecimiento de una “comunidad” en la que estén dadas ciertas garantías en la búsqueda del saber: la búsqueda de algo común, un espacio compartido, una disposición a confrontar, una exposición de cada uno a la mirada crítica del otro. La amistad remite al mismo tiempo a una base afectiva (esos lazos comunitarios/comunes desde los que partimos) y una base confrontativa, problemática (todos se volverán tábanos para los otros). Es decir, ese hacernos amigos no excluye la posibilidad de un *agón*, la posibilidad (e incluso la necesidad) de que en algunos puntos no estemos de acuerdo, y que exponamos nuestros argumentos. Ese contrapunto entre amigos que no tienen temor a disentir y a llevar el pensamiento hasta sus últimas consecuencias, en un marco de respeto por las posturas diversas y afectividad (por eso hay “amistad”), es lo que motoriza la búsqueda, y lo que nos hace filósofos. Recordando la afirmación atribuida a Aristóteles “Soy amigo de Platón, pero soy más amigo de la verdad” (1), esta “amistad filosófica” no es un vínculo de condescendencia con el otro, sino una carrera (juntos pero en combate) hacia la sabiduría y por qué no, hacia la “verdad” (entendida como una construcción colectiva desde las diferencias). No olvidemos que en la amistad uno no le permite al otro la necesidad, la ceguera. Uno es a veces terriblemente franco con los amigos y hay ahí una bellísima dosis de lealtad y de honestidad intelectual para con uno mismo y para con los otros. Esta actitud, esta disposición a ser franco filosóficamente y crítico con el otro es la que buscamos propiciar entre los jóvenes que participan de Olimpíadas, como una base de confianza pero al mismo tiempo de desafío intelectual que entendemos son condiciones de posibilidad para que el pensamiento tenga lugar.

¹ En latín, *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Ammonio, gramático griego del siglo IV AC, en La vida de Aristóteles, refiere que esta frase fue pronunciada por Aristóteles cuando le objetaron que sus tesis contradecían a las de su maestro Platón.

> **Agón deportivo**

Según Gómez Lobo (1996), los juegos olímpicos, celebrados en Olimpia, en la costa oeste del Peloponeso, constituían una de las cuatro competencias más sobresalientes y prestigiosas de la Antigua Grecia, y estaba abiertas a todos los griegos (tenían carácter panhelénico)².

Para los antiguos griegos las jornadas olímpicas no eran sólo momentos de competencia individualista sino un ámbito de auto superación y de generación de lazos fraternos. Tal es así que en épocas de guerras internas, la *tregua sagrada* (en griego, *ekejeiría*) indicaba que los enfrentamientos se suspendían mientras duraran los juegos. Las Olimpíadas reunían a los griegos y les recordaban su pertenencia a una unidad mayor, marcada por un idioma y una cultura comunes. Este aspecto nos ofrece una clave para reflexionar acerca del tipo de vínculos entre los participantes que propicia la filosofía en el ámbito de las Olimpíadas.

“Los griegos, por su parte, no utilizaban en este contexto la palabra equivalente a “juego” (*paidiá*) ni tampoco el término que corresponde a “diversión”, “recreación” (*apólausis*). Ellos llamaban a las olimpíadas *agones*, “luchas” o “competencias”, empleando un sustantivo de la misma raíz que aparece en nuestro verbo “agonizar” o librar la última batalla de la vida” (Gómez Lobo, 1996: p. 93).

La tregua sagrada de los griegos como tiempo de paz en medio de la guerra, acaso como epojé, puesta entre paréntesis, sublima en la competencia olímpica los horrores de la batalla. En tiempos de paz no tiene sentido este paréntesis. Se nos ocurre pensar que cierta rivalidad entonces es de naturaleza deportiva.

En la actualidad los juegos olímpicos participan de esta “tregua “en tanto proponen “*crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales*” (Carta Olímpica).

En muchas otras oportunidades se organizan eventos deportivos cuya realización está unida a la promoción del bien común en algunos de sus aspectos. El deporte en sí mismo está asociado a la mejora de la calidad de vida, al buen vivir, a la lucha por una comunidad mejor.

Participar en la competencia deportiva es una elección asociada al compromiso, no solo en los grandes eventos sino en los de estilo amateur. Como experiencia personal un corredor nos narra que en principio la competencia es con uno mismo, como compromiso de superación, pero también como actitud ante el placer que proporciona la actividad misma. Placer y compromiso se ponen en juego al unísono. La competencia es autosuperación en el territorio del deseo.

² Las otras tres eran los juegos píticos de Delfos, los ístmicos de Corinto y los nemeos, del norte del Peloponeso.

Pero la comparación es inevitable a la hora de medirse con los otros, quienes “*son casi como tus enemigos mientras dura la carrera, pero antes y después no*”. Entonces ¿qué papel juega el rival? Son aquellos con los que uno se mide, para ver las posibilidades de alcanzar el objetivo, que en este caso es la meta, *hacer podio*. Respecto al conjunto uno resultará ganador si está en el podio, es decir, entre los tres primeros. Si uno no está allí podrá entonces considerarse “perdedor”.

¿Pero no es la auto superación la meta? ¿Cómo medir el resultado de ella? Esta medición no será contra ningún competidor es particular sino con todo el resto. Es decir, se mide el rendimiento personal respecto a unas categorías relativas, encontrando el percentil, respecto al total de la propia categoría, es decir con aquellos que tienen similitud en términos de edad y sexo. Se puede no “hacer podio”, pero ser el primero en una categoría.

La rivalidad, con otros y con uno mismo, aunque fraterna, parece necesaria en cualquier competencia que implique superarse o alcanzar un objetivo. Esto modifica el concepto de ganar o perder si autosuperarse es la tarea, entonces no importa si gano o pierdo sino en qué percentil estoy. Es altamente atractiva la idea de que uno pueda tener una referencia de sus logros en relación a unas categorías que posibiliten medir la propia performance en otro sentido que ganar o perder.

Porque ¿qué es perder cuando lo que está en juego es el pensamiento? ¿Qué es ganar cuando de lo que se trata es de iluminar juntos cuestiones que nos preocupan a todos? Las nociones de “ganar” y de “perder” se desdibujan en Olimpíadas, quedando asociadas principalmente a la idea de que algunos trabajos son seleccionados y otros no. Encontramos entonces dos planos que coexisten. Aquel ligado al placer de filosofar en conjunto, que representa una actividad en la que nadie pierde ni gana sino que todos salen modificados. Y un segundo plano, de corte acreditativo, en el que algunos trabajos son seleccionados para participar en instancias ulteriores. ¿Cuál de las dos instancias termina operando en los jóvenes que participan? ¿Alguna se impone sobre la otra, conviven, se tensan? ¿Son fácilmente integrables ambas instancias? Los jurados, por nuestro rol particular, nos vemos atravesados por la tensión que se produce entre ambas esferas.

Quizás en orden a aquella democratización de la que hablábamos más arriba, pueda emerger una instancia donde no sólo los jurados elijan trabajos, sino que propongan algunos de ellos y los mismos “agonistas” puedan tener una voz al respecto y un papel en la decisión.

¿De qué forma cada instancia superada (escuela, distrito, interjurisdicción, etc.), como en una carrera de posts, podría llevar el testimonio de los diálogos entre los participantes, la memoria de sus búsquedas y el devenir mejorado de cada trabajo, a partir de las intervenciones que ocurrieron? En ese devenir crecieron, se modificaron, se completaron, desde la mirada de los otros, esas producciones filosóficas.

› ***Agón, mito, sabiduría y femineidades.***

La idea del *agón* atraviesa el imaginario de los griegos. Se nos aparece recuperando el mito homérico. Nos encontramos con un particular enfrentamiento en la escena en que Odiseo vencerá a los pretendientes de Penélope, mediante una disciplina típica de las Olimpíadas griegas: el arco. Su especialísima habilidad será la herramienta con la cual develará su identidad. Utilizando esta escena como dispositivo metafórico y hurgando en su trama, nos encontramos con una mujer pretendida por varios príncipes quienes están dispuestos a este combate para poseerla como esposa. Sin embargo ella los ha rechazado. Teje de día y desteje de noche, y cada movimiento del telar, es el ritmo de la espera del héroe, la imposibilidad de aceptar su desaparición. Odiseo, hombre de múltiples recursos, el primero que usó la inteligencia para la guerra también planea una estrategia para el momento de su develación. Vencerá a los pretendientes haciendo pasar su flecha por los doce blancos. Es el único que logra templar el arco.

En este *agón* y en toda su larga travesía en la cual muchas veces ha perdido el rumbo Odiseo ha sido asistido por Atenea.

Sabiduría es mujer, por lo menos en castellano, como Penélope y como Atenea. Y en tanto la diosa elige entre sus pretendientes, Penélope resiste. Los rivales juegan a ver quien la conquista, quien la seduce.

Aquí se juegan dos modelos femeninos. Uno, remite a la fidelidad hacia el héroe y el otro a elección del protegido y la construcción de discursos.

Si pensamos la sabiduría desde el primer paradigma, primero fueron los *filósofos*, sus amantes y ella misma se nos muestra solo a través de sus ojos. Se nos presenta entonces como objeto de deseo del varón pensante, no como sujeto deseante. Una sabiduría que debe ser conquistada y que tiene muchos pretendientes que se matan por ella. Penélope, guardando fidelidad a Odiseo es su imagen. No es un sujeto deseante sino un objeto deseado.

El pretendiente se devela en la contienda, el *agón* filosófico entonces podría interpretarse como una suerte de puesta en juego de habilidades únicas, y el más legítimo pretendiente sería quien poseyendo dicha habilidad elimina a los demás oponentes. Si bien Penélope ha elegido de antemano a su héroe, al estar desposada con él, no depende para nada esta actualización de la decisión de su libertad. Como mujer debe ser relegada a sus habitaciones para no ver siquiera la contienda ni la sangre derramada. No participa. Debe esperar los acontecimientos.

Atenea en cambio acompaña todo el proceso y el procedimiento. Inspira estrategias e interviene para que Zeus corrija el destino trazado para su protegido. Elige e interviene. Su criterio ha sido propio, quizás la astucia de Odiseo, su perspicacia es lo que motiva esa elección. Palas acompaña una lucha.

¿Y cuál de las dos es la sabiduría buscada?, ¿la de los amantes de la sabiduría o la de los amados por ella?

Ambas imágenes de la mujer insinúan la presencia de dos sabidurías distintas, y por qué no, de dos formas de concebir la filosofía:

La representada por Atenea como aquella que selecciona a sus pretendientes, que formaliza las estrategias para ser alcanzada, aquella que acompaña el combate y lo alienta, y que corona a los ganadores. Una sabiduría ligada a la sistematización de reglas, a los procedimientos del pensar (combatir). Acaso, una sabiduría ligada a la filosofía académica, técnica, erudita.

Por otro lado, representa en su resistencia a ser conquistada, una sabiduría que se niega a ser codificada en los métodos de Atenea, en las formas y procedimientos de la Academia, una mujer-sabiduría capaz de tejer y destejar, de pensar y repensarse, una sabiduría ligada a la pasión, al afecto, a la espera del amante/amado perdido, a la espera del amor... ¿Será esta acaso la filosofía de lo que se nos sustrae? ¿Aquella que refiera a cosas difíciles de nombrar y conceptualizar?

Esto nos recuerda a la distinción que establece López (2008) entre pensamiento como “habilidad” y pensamiento como “experiencia”. Más allá de un conjunto de herramientas que se pueden adquirir con el ejercicio y la práctica, el pensamiento es “experiencia”, algo de lo cual se sale transformado, que no puede ser transferido o universalizado. La filosofía se nos presenta entonces como una experiencia intersubjetiva del pensar, y no como una técnica. La filosofía como experiencia no puede normalizarse, uniformizarse, estandarizarse. De esta manera, concebir a la filosofía como un conjunto de habilidades cognitivas, como grupo de herramientas de pensamiento, es obturar su dimensión de experiencia, de acontecimiento, en favor de lo que en ella hay de mecánico y técnico.

Ambas figuras del pensamiento, del filosofar, conviven en el espacio de Olimpíadas, ¿bajo qué ropajes podemos encontrarlas? ¿Qué puede ofrecer cada una de ellas a los adolescentes?

› **Conclusiones**

Recorrer las distintas dimensiones del *agón* y mirar desde allí la experiencia de Olimpíadas nos permitió pensar algunas consecuencias pedagógicas respecto a la enseñanza de la filosofía y al encuentro de la filosofía y los jóvenes.

Las Olimpíadas son un espacio donde están presentes los dos modelos de sabiduría que hemos postulado a partir de dos figuras claves del imaginario de los antiguos griegos, se valoran dos tipos de sabiduría, una más académica y otra más experiencial. Cuando la filosofía académica se impone, el *agón* parece ausentarse, opacarse, diluirse en los esquemas preestablecidos, aplastado por la

presencia de lo políticamente correcto. La idea de rivalidad se desdibuja, en favor de un cierto consenso entre los participantes, decidido de antemano. Por ellos mismos evidentemente, se impone una forma de razonar políticamente correcta. Se da por sentado que cada quien tiene su verdad y que todas esas verdades son válidas. Inclusive hemos notado que desarrollos que comienzan con ideas de fuerte contenido renovador, o cuestionador, derivan en conclusiones que retornan a lo conocido o consensuado de alguna manera por la comunidad filosófica o por el mundo adulto en general.

Por mas preliminar que resulten estos trabajos en relación a un trabajo filosófico profesional por decirlo de algún modo, en el sentido de un entrenamiento más extenso en lecturas y herramientas del pensamiento, se hace necesario instalar la idea de que un interrogante propiamente filosófico debe ser llevado hasta su última consecuencia, independientemente del pensamiento establecido, por una época o por lo considerado académicamente aceptable. Por un lado, y por otro, la recuperación de aquello que es propio del diálogo filosófico: la argumentación y el debate de ideas que remite a la dimensión política del *agón*. Cierta rivalidad que se resuelve por el argumento más fuerte. Lejos estamos de admitir que no es necesario el consenso, pero de existir debiera ser post debate. Luego de mucha rivalidad, en función de la búsqueda de lo más cercano a una verdad, no previo. Uno corre para ganar y ganarse. Para vencer y vencerse con el argumento más fuerte, deconstruyendo las propias ideas. Rápidamente se advierte la dimensión amical en estos encuentros, pero muchas veces dentro de un vínculo de condescendencia.

No postulamos la falta de valor de la filosofía académica, de alguna manera hay *agón* en la Academia, su sabiduría opera como memoria del *agón*, una suma de agones de otros tiempos que se recrean, pero en sus resultados, no en sus prácticas. ¿Qué otras maneras de filosofar habilitan en el ámbito de Olimpíadas? ¿Cómo prescindir de las formas de lo políticamente correcto, de los discursos pretendidamente críticos pero críticamente petrificados?

Lo que hay que instalar tiene que ver con la pérdida de lo instituido y con el agonizar por la sabiduría, es decir, con el entrar en una carrera o una lucha en la que se pone el cuerpo y se dispone a la pérdida. En ese *agón* hay que partir de que si se confronta, se confronta, no partimos de un acuerdo previo, ya que no estamos de acuerdo en nada cuando comenzamos a filosofar o a participar políticamente o a competir. Hay un desacuerdo de base que nos acomuna en el *agón*, y el objetivo no es ponernos de acuerdo, el acuerdo puede ser el resultado o no, lo cual nos sitúa en la dimensión política del *agón*. Pero por otro lado, en las Olimpíadas hay sí un acuerdo básico: que estamos ahí juntos para filosofar. Es ese estar juntos el que hay que armar, una vez, cada vez que somos convocados, convidados, desafiados. Porque en ese terreno común en el que nos juntamos, todo pensamiento vale a partir de los desacuerdos y acuerdos que provoca y configura.

Estar juntos agonizando en el filosofar es ponerle el cuerpo al desacuerdo, animarse a desafinar y disonar con el otro. Ese estar juntos es fundamental para que el pensamiento pueda emerger, pero no es lo mismo que acordar. De esta manera filosofar en Olimpíadas es entrenarse para el *agón*, y

prepararse para estar con los otros. Acordar-se de los otros, que no es lo mismo que acordar con el otro. Nos acordamos de los otros aún en nuestros desacuerdos. Acordarse es una memoria de la lucha, es una tregua sagrada, es memoria viva, que se recrea al encontrarnos.

Entonces, desde este punto de vista, un jurado tiene que mirar otras cosas, tienen que atender a la dinámica del *agón*: cuánto lucha cada uno, contra quién o qué se lucha, cuánto pone de sí, cuánto debate, cómo se acuerda del otro en el *agón*.

A menudo los jurados nos movemos con criterios débiles, respondemos a un protocolo, a criterios externos. Lo que nos moviliza es preguntarnos realmente qué consideramos cuando evaluamos, más allá de lo que nos dicen que consideremos. Si no, corremos el riesgo de dejar afuera del espacio de *agón* a aquellos que no se mueven con los criterios de la filosofía académica.

Sucede entonces que las variables que utilizamos miden en edad y en ciertas características intrínsecas al trabajo escrito y el desenvolvimiento oral, pero este último sólo en categoría de exposición. Quedan totalmente fuera de esa medición las intervenciones en las discusiones, especialmente la formulación de nuevos interrogantes a partir de los trabajos de otros, los comentarios, los debates argumentativos que puedan realizarse. Las participaciones de distinta índole. De tal manera que se congelan ciertas herramientas que son didácticas a fin de cuentas y que no responden a una visión limitada de lo que es filosofar.

Otra cuestión, no menor, resulta de esta forma de categorizar, y es la patentización de la desigualdad. Una cuestión que deberíamos considerar llamativa es que siempre sean seleccionados los participantes provenientes de un mismo sector, en relación a los temas que trabajen o en relación a la escuela a la que concurran. De tal manera tendríamos que evitar que se instale en el seno de la Olimpiada una reproducción de la desigualdad. O lo que puede ser lo mismo, una tendencia a valorar productos académicos por sobre los menos académicos (volviendo a la idea de los dos modelos de sabiduría). Si bien ésta es producto de una construcción social que excede a nuestra tarea, conceptualizar los logros en categorías distintas irrumpiría en esta cuestión, posibilitando una apreciación distinta. Digamos que no es lo mismo saber que uno ganó o perdió una instancia que ubicarse en relación a los logros obtenidos respecto al grupo en todo el devenir de la Olimpiada. ¿Cuál es mi porcentaje respecto a un grupo? Poder medir la propia superación en relación al acontecer del grupo.

Estas cuestiones nos interrogan respecto a los criterios de selección de los pretendientes legítimos (es decir, interpela nuestro rol como Jurado). ¿Cuál de estas dos maneras de pensar y vivir la filosofía privilegiamos? ¿Qué miran nuestros ojos y qué escuchan nuestros oídos cuando nos aproximamos a los trabajos de los chicos? ¿Buscamos lo esperable académicamente? ¿Privilegiamos experiencias que rompan lo “académicamente correcto”? ¿Prestamos atención a la creación de conceptos o a la reproducción de la tradición? ¿Proponemos espacios donde desarrollar el *agón*?

¿Tomamos en cuenta las participaciones propias de su acontecer? ¿Los pensamos en relación a un grupo, o en relación a un podio individualista?

Como cierre, y como síntesis provisoria de estas reflexiones, proponemos un filosofar agonizando, un agonizar que incorpora la muerte y la presencia del deseo. Muerte como una forma de deconstruir estructuras disecadas, y al mismo tiempo como una forma de deconstruir constantemente las propias ideas junto con otros. Deseo como aquella pulsión que invita a exponernos con el otro a un *agón* común. Muerte y deseo como dos dimensiones del obrar humano que no pueden codificarse ni decodificarse. Si la filosofía, desde sus orígenes griegos, es indisociable del *agón*, suponemos y apostamos a la idea de que se debe enseñar filosofía agonizando. Es decir, que si no hay *agón*, no hay enseñanza de la filosofía posible.

Suprema es la sabiduría,
el pensamiento brilla como fuego incandescente
de noche por sobre toda arrogante riqueza,
pero si juegos es lo que añoras cantar, alma mía,
no busques, después del sol, otro astro que brille por el
desierto éter con más calor en el día,
ni llamemos a otro *agón* superior al de filosofía.
Juntos.

Bibliografía

- Cordero, N. *La invención de la Filosofía. Una introducción a la filosofía Antigua*, Buenos Aires, Biblos, 2008.
- Deleuze, G. y Guattari, F. *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama, 2005.
- Gaudio, M. *Entre ideas. Una mirada filosófico-pedagógica*, Jarmat, Bernal, 2011.
- Gómez Lobo, A. *Las Olimpíadas en el mundo antiguo*. Texto de la conferencia pronunciada el lunes 19 de agosto de 1996 en el marco del seminario “Deportes griegos e ingleses”, organizado por el Centro de Estudios Públicos.
- López, M. *Filosofía con niños y jóvenes. La comunidad de indagación a partir de los conceptos de acontecimiento y experiencia trágica*, Novedades Educativas, Buenos Aires, 2008.
- Soares, L. “El camino del diálogo en la filosofía antigua”, en AAVV. *Filosofía. Temas fundamentales y aportes para su enseñanza*, (coord. G. Schujman): Biblos, Buenos Aires, 2007.
- Vernant, J.P. *Los orígenes del pensamiento griego*, Paidós, Buenos Aires, 1992. Cap. IV.